

Foucault y el feminismo: ¿un encuentro imposible?

Silvia CAPORALE BIZZINI

Universidad de Alicante

La teoría de la represión [...] está históricamente ligada a la difusión del dispositivo de sexualidad. Por un lado, va a justificar su extensión autoritaria y coercitiva formulando el principio de que toda sexualidad debe estar sometida a la ley o, mejor aún, que no es sexualidad sino por el efecto de la ley: no sólo debe uno someter su sexualidad a la ley, sino que únicamente tendrá una sexualidad si se sujeta a la ley

Michel Foucault

Perhaps more than any other contemporary figure, Foucault has come to epitomize the pleasures and dangers that a certain understanding of poststructuralism poses to a certain understanding of feminism.

Elsbeth Probyn

1. Poder y sexualidad

La relación que las ideas del filósofo francés Michel Foucault mantienen con algunos sectores del pensamiento feminista se puede definir, sin correr el riesgo de exagerar, como a veces difícil y otras decididamente conflictiva. Si por un lado el pensamiento foucaultiano pone las bases para una superación de un ente sujeto a la filosofía del cogito cartesiano (es decir, masculino y pensado exclusivamente desde lo masculino), por el otro se le acusa de perseguir, como único y último fin, la anulación de cualquier tipo de identidad (Alcoff 1988; Modleski 1991). En cierto sentido algunas de las culpas que se achacan a Foucault —por ejemplo el olvido al que condenó las mujeres en su proyecto intelectual— son justas y las críticas merecidas, otras menos. En este ensayo queremos subrayar cómo, en nuestra opinión, las ideas foucaultianas pueden resultar útiles al proyecto feminista y a su lucha por el reconocimiento de una identidad femenina desligada de la ontología cartesiana. Por esta razón, en la primera parte de este artículo resumiremos la relación que en la filosofía de Foucault mantienen la sexualidad y las relaciones de poder y, en la segunda parte, relacionaremos estas ideas con la construcción no esencialista de la identidad femenina.

En el pensamiento foucaultiano, los discursos del poder se mezclan con el poder del Discurso, las diferentes prácticas discursivas y las relaciones de poder van apareciendo en el laberinto de los huecos de las discontinuidades, salen y se vuelven a hundir y, cambiando continuamente el dibujo del mosaico de las ideas foucaultianas, nos permiten, al mismo tiempo, descubrir las inquietudes y penetrar en las obsesiones del filósofo francés. Discurso y poder. En dicho marco filosófico, la idea de sujeto ha ido tomando forma sin, empero, definirse sexualmente; finalmente, este mismo sujeto, sujeto al Discurso y al poder, perdido en el vacío o excluido en cuanto loco, se transforma en un sujeto sexuado. La producción de los numerosos discursos sobre la sexualidad ha contribuido a definir de manera más específica la individualidad de cada uno (Foucault 1977). Si las prácticas discursivas y las relaciones de poder definen y producen la idea de sujeto, los discursos sobre la sexualidad acaban el producto: lo encasillan según su sexo y, con el sexo, relacionan una sexualidad que, a su vez, encierra el concepto de Verdad única y elabora un punto de encuentro entre lo que es biológico y lo que es cultural: «En efecto, [Foucault] ha descrito una forma de dominación que opera categorizando a los individuos y encasillándolos en sus respectivas identidades; una forma de poder que sitúa la Verdad del individuo en su sexualidad» (Sawiki 1991: 41, traducción mía).

La aparente ruptura de la coraza de silencio que protegía este ámbito tan misterioso y secreto de la sociedad se nos presenta como un paso adelante de la historia de la humanidad que ha logrado desacralizar uno de los mayores tabúes de la era moderna.¹ Sin embargo, según Foucault, la estrategia es diferente: «¿Censura respecto al sexo? Más bien se ha construido un artefacto para producir discursos sobre el sexo, siempre más discursos, susceptibles de funcionar y de surtir efecto en su economía misma» (Foucault 1977: 32). La multiplicación de los discursos sobre el sexo se relaciona de manera directa con la necesidad de definir las funciones del individuo dentro de la sociedad y, sobre todo, dentro de la familia burguesa, microorganismo donde se reproducen las relaciones de poder presentes de manera más amplia en el conjunto de la sociedad: «Entonces la sexualidad es cuidadosamente encerrada [...] La familia conyugal la confisca. Y la absorbe por entero en la seriedad de la función reproductora» (Foucault 1977: 9). La reflexión que lleva a cabo Foucault en su *Historia*

¹ «La Edad Media había organizado alrededor del tema de la carne y de la práctica de la penitencia un discurso no poco unitario. En los siglos recientes esa relativa unidad ha sido descompuesta, dispersada, resuelta en una multiplicidad de discursividades distintas, que tomaron forma en la demografía, la biología, la medicina, la psiquiatría, la psicología, la moral, la pedagogía, la crítica política [...] No es, pues, simplemente en términos de extensión continua como cabe hablar de ese crecimiento discursivo; en ella debe verse más bien una dispersión de los focos emisores de los discursos [...] lo que marca a nuestros tres últimos siglos es la variedad, la amplia dispersión de los aparatos inventados para hablar, para hacer hablar del sexo, para obtener que él hable por sí mismo, para escuchar, registrar, transcribir y redistribuir lo que se dice», Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*. Vol. 1, pag. 45.

de la sexualidad se centra en la historia de la construcción de la sexualidad² y en los discursos y relaciones de poder que avalan dicha formación: «Se trata más bien de un nuevo régimen de los discursos. No se dice menos: al contrario. Se dice de otro modo: son otras personas quienes lo dicen, a partir de otros puntos de vista y para obtener otros efectos» (Foucault 1977: 37). La dispersión de los discursos es una de las estrategias utilizadas en la formación de un sujeto que se rige sexualmente por los cánones impuestos a través de las varias disciplinas y diseminados en los puntos neurálgicos de la sociedad, no sólo a través de los discursos, sino de las relaciones de poder y, sobre todo, de la relación poder/saber:

... el punto esencial es tomar en consideración el hecho de que se habla de él, quiénes lo hacen, los lugares y puntos de vista desde donde se habla, las instituciones que a tal cosa incitan y que almacenan y difunden lo que se dice, en una palabra, el «hecho discursivo» global, la «puesta en discurso» del sexo (Foucault 1977: 18).

Esta misma dispersión incita a hablar de lo que Foucault denomina «sexualidades periféricas».³ Si dentro de los confines del Discurso dominante la verdadera sexualidad se define, entre otras cosas, por pertenecer a la función reproductora (y por eso heterosexual), todas las otras, es decir las que no encuentran su sitio en el «hecho discursivo global», se definirán por su diferencia y por no caber dentro de los límites impuestos por el pensamiento dominante. ¿Cómo controlar esa diferencia, cómo convertirla en algo conocido y seguro? Sacándolas de la exterioridad del pensamiento para acogerlas en su interioridad, para encerrarlas dentro de unos límites, los del discurso sobre el sexo: «¿Exclusión de esas mil sexualidades aberrantes? No. En cambio, especificación, solidificación regional de cada una de ellas. Al diseminarlas, se trata de sembrarlas en lo real y de incorporarlas al individuo» (Foucault 1977: 57-58).

De esta manera, la identidad del individuo, su esencia, no sólo se relaciona con sino que se convierte en su sexualidad. En suma, el individuo es, en el sentido de que se convierte en un sujeto sexuado, dependiendo de su sexo, y porque un determinado sexo, masculino o femenino, es sinónimo de una determinada sexualidad, masculina o femenina. La construcción de una sexualidad relacionada con el sexo y la materialización de unos fantasmas que quieren demostrar a toda costa la existencia de una sexualidad definida como verdadera y otra, sea la que fuera, falsa, nos lleva, como consecuencia, al reconocimiento de la existencia de las perversiones. Es decir de las

² «El objetivo de la presente investigación es mostrar como los dispositivos de poder se articulan directamente en el cuerpo —en cuerpos, funciones, procesos fisiológicos, sensaciones, placeres; lejos de que el cuerpo haya sido borrado, se trata de hacerlo aparecer en un análisis donde lo biológico y lo histórico no se sucederían [...] sino que se ligarían con arreglo a una complejidad creciente confirmada al desarrollo de las tecnologías modernas de poder que toman como blanco suyo la vida», Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*. Vol. 1, pag. 184.

³ Véase *Historia de la sexualidad*. Vol. 1, pags. 54 y 57.

sexualidades periféricas. Todos los discursos sobre el sexo, sin embargo, actúan siempre en función de una presunta creación de múltiples identidades, creación que, en realidad, no se abre a la diferencia sino que refuerza la dicotomía verdadero/falso. Así, el concepto de «verdadero varón» o el de «verdadera mujer» se relacionará con una sexualidad no sólo determinada sino creadora de la Verdad sobre el sujeto sexuado:

La mecánica del poder que persigue a toda esa disparidad no pretende suprimirla sino dándole una realidad analítica, visible y permanente [...] la convierte en principio de clasificación y de inteligibilidad, la constituye en razón de ser y orden natural del desorden (Foucault 1977: 57-58).

La organización reticular del poder resulta esencial en la construcción de la sexualidad del individuo. Su presencia en los varios focos del discurso, no olvidemos la relación privilegiada poder/saber, se convierte en un elemento de fundamental importancia en la definición de una sexualidad correcta y justa o, mejor dicho, en la definición de lo que es la sexualidad y, sobre todo, de cómo se la relaciona con el sujeto sexuado. La multiplicación de los discursos sobre la sexualidad no niega la existencia de sexualidades diferentes, al contrario: «... procede por desmultiplicación de las sexualidades singulares. No fija fronteras a la sexualidad; prolonga sus diversas formas, persiguiéndolas según líneas de penetración indefinida» (Foucault 1977: 61).

2. Foucault y las mujeres

En este importante discurso histórico-crítico sobre la definición de la idea de sexualidad, lo que necesariamente hay que poner de manifiesto es que Foucault ni se ocupa ni se refiere de manera específica a la construcción de la sexualidad femenina. Sin embargo, la crítica que en «La voluntad de savoir» hace a la construcción del sujeto sexuado unida a su teorización de la resistencia pensamos que pueden resultar interesantes y útiles en el marco del proyecto feminista post-estructuralista. Por ejemplo, hay teóricas como Biddy Martin, entre otras,⁴ que, con alguna reserva, reconocen la utilidad del pensamiento del filósofo: «Lo que es cierto es que su polémica y su ruptura metodológica [de Foucault] con la teoría social tradicional, lo convierte en alguien interesante para las feministas, cuyos proyectos políticos y teóricos convergen en puntos importantes con las provocaciones de Foucault» (Martin 1982: 3, traducción mía). Sin embargo, el problema que ella ve en la utilización de la obra de Foucault reside en su teoría del lenguaje y, consecuentemente, en cómo se enfrenta al problema de la identidad:

⁴ Para un examen de la ideas foucaultianas desde un punto de vista feminista véase entre otros, por ejemplo: Elspeth Probyn, *Sexing the Self. Gendered Positions in Cultural Studies*. London: Routledge, 1993; Irene Diamond y Lee Quinby (eds.), *Feminism and Foucault: Reflections on Resistance*, Boston, Northeastern University Press, 1988; Chris Weedon, *Feminist Practice and Post-Structuralist Theory*, New York, Basil and Blackwell, 1987.

FOUCAULT Y EL FEMINISMO: ¿UN ENCUENTRO IMPOSIBLE?

Foucault insiste en que nuestra subjetividad, nuestra identidad y nuestra sexualidad están íntimamente ligadas; no existen fuera de o antes del lenguaje y de la representación, sino que están puestas en juego por las estrategias discursivas y las prácticas de representación [...] La sexualidad y la identidad se pueden entender sólo, entonces, en términos de complicadas y a menudo paradójicas maneras en las que el placer, el saber y el poder se producen y están disciplinados en el lenguaje, e institucionalizados a través de los múltiples campos sociales (Martin 1982: 8-9, traducción mía).

El sentimiento de duda que se desprende de las palabras de Martin se convierte en certeza y decidida negativa cuando nos acercamos al pensamiento de otras teóricas feministas. Es tajante el rechazo que, sobre todo las feministas radicales,⁵ sienten por el uso de la desconstrucción de la identidad como instrumento posible en el marco del proyecto feminista. No nos es posible entrar en detalle en la enormemente interesante, y en nuestra opinión casi insoluble, polémica que divide el pensamiento feminista;⁶ sin embargo, aun viendo los problemas y las limitaciones de todo ello, sí creemos que el de Foucault es un proyecto intelectual de gran trascendencia para el feminismo, en tanto en cuanto dicho proyecto intenta minar las bases del pensamiento binario, del Discurso de lo Uno. Y es en este sentido como sus teorías nos parecen útiles para un acercamiento a la teoría feminista y al estudio de las relaciones que construyen el género. Esta opinión no la comparte del todo, por ejemplo, Linda Alcoff que dos de sus artículos critica algunos de los planteamientos foucaultianos dentro del marco de la crítica feminista.

El primero de los dos artículos se publicó en 1988 y el segundo en 1990. Los hemos escogido porque son un ejemplo de las acusaciones más comunes que se hacen al proyecto feminista post-estructuralista y foucaultiano y, sobre todo, porque abordan dichos problemas con conocimiento de causa; por esta razón, nos gustaría poder explicar nuestro punto de vista utilizando como punto de partida sus ensayos. En primer lugar hay que poner de manifiesto la dificultad a la que se enfrenta la teoría feminista cuando quiere definir claramente su área de estudio. Algunas de las ambigüedades ínsitas en este campo de investigación las explica de manera tajante e inteligente Teresa de Lauretis en la siguiente cita:

⁵ Por lo que concierne la polémica entre las feministas libertarias y las radicales véase «Foucault and Feminism: Toward a Politics of Difference», en Jana Sawiki, *Disciplining Foucault: Feminism, Power and the Body*, pags. 17-32.

⁶ La bibliografía que se refiere a este problema es muy extensa y moverse en medio de tantas corrientes y escuelas diferentes puede convertirse en una pesadilla. Algunos textos, entre muchos, pueden ser: Linda Alcoff, «Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 1988, vol. 13 (31), pags. 405-436. Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, London, Routledge, 1990. Rita Felski, *Beyond Feminist Aesthetics: Feminism, Literature and Social Change*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989. Ann Kaplan, *Postmodernism and its Discontents*, London, Verso, 1988.

Con la expresión «sujeto del feminismo» entiendo una concepción o un entendimiento del sujeto (femenino) no sólo distinto del de Mujer con mayúscula, es decir, la representación de una esencia inherente a todas las mujeres [...] sino distinto también del de mujeres, los seres reales, históricos y sujetos sociales que están definidos por las tecnologías de la construcción del género que se generan en las relaciones sociales. El sujeto del feminismo que tengo en mente es uno no tan definido, uno cuya identificación o concepciones se están elaborando (De Lauretis 1989: 9-10, traducción mía).

La dificultad que aparece cuando nos enfrentamos al concepto de mujer reside en el problemático análisis de este mismo concepto, análisis que define el significado que se da al término mujer y, como lógica consecuencia, el papel que la misma mujer desarrolla en el conjunto de la sociedad. La Verdad sobre el alma femenina se encuentra dentro de los límites del pensamiento del Discurso dominante, y está sintetizada de manera brillante por Hélène Cixous en una serie de dicotomías que ya se han convertido en clásicas.⁷ El resultado al que llegamos se puede resumir en la sustitución, en la tricotomía Verdad/poder/saber, del término Verdad por el de mujer. El ser mujer es el resultado de la relación poder/saber: mujer/poder/saber. *La historia de la sexualidad* de Foucault, y sobre todo el primer volumen, nos abre el camino hacia una ampliación de dicha idea: si el género femenino está estrechamente relacionado con la idea de sexualidad definida por el Discurso dominante, el término mujer (verdadera mujer en cuanto producto de la Verdad) llega a incluir también el término sexualidad. La verdadera mujer y la verdadera sexualidad se convierten en el resultado de un proceso de formación del sujeto sexuado: no sólo están relacionadas entre ellas, sino que se convierten en los dos componentes inseparables de un mismo concepto. De esta manera, la tricotomía Verdad/poder/saber se transformaría no sólo en mujer/poder/saber sino en mujer (sexualidad)/poder/saber.

La respuesta de parte de la crítica feminista ha sido atacar esta visión de la identidad, es decir, intentar desatar los nudos que ataban el orden del Discurso a las relaciones de poder y a la consiguiente transformación del individuo. Este ataque, en el proyecto feminista post-estructuralista, se ha aplicado a la definición de la categoría de mujer. La actual construcción de la sexualidad⁸ se basa en un pensamiento que encierra todo lo que el Discurso de lo Mismo considera diferente en la categoría de lo Otro y que, como consecuencia, se ve peligroso para la estabilidad del orden de lo Mismo. La idea de Otro y de otredad nos interesa de particular manera porque se define dentro de los confines de una cultura que se arraiga en un discurso epistemológi-

⁷ Véase Hélène Cixous, «Sorties». 1975.

⁸ La construcción de la sexualidad es ficticia y en gran parte debida al Aparato Cultural, como se demuestra en el libro editado por Pat Caplan, *The Cultural Construction of Sexuality*, New York, Routledge, 1987, 1991. Otro texto básico para la teoría del género y del que en nuestra opinión no se puede prescindir es el de Teresa de Lauretis, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*, London, MacMillan Press, 1987.

co que ha definido lo femenino desde su punto de vista o, dicho de otra manera, se ha limitado a considerar sujeto sólo lo masculino, el hombre cartesiano.

La clave para una lectura feminista del discurso foucaultiano se encuentra, una vez más, en la crítica a la Verdad, y consecuentemente a la idea de sexualidad como producto de lo Uno («Lo importante, en esta historia, [es] que se construyera en torno al sexo y a propósito del mismo un inmenso aparato destinado a producir, sin perjuicio de enmascararla en el último momento, la verdad») (Foucault 1977: 71). El proyecto feminista encuentra aquí, en nuestra opinión, un apoyo válido en su crítica a la idea esencialista del concepto de mujer y de la relación que éste mantiene con el de sexualidad. Las acusaciones más comunes que se hacen, desde el feminismo, al pensamiento foucaultiano se centran sobre todo en la disolución del sujeto:

Las críticas post-estructuralistas de la subjetividad pertenecen a la construcción de todos los sujetos o no pertenecen a ninguno. Y aquí está precisamente el dilema para las feministas: ¿cómo podemos basarnos en una política feminista que desconstruye al sujeto femenino? El nominalismo amenaza con aniquilar el propio feminismo (Alcoff 1988: 419, traducción mía).

La disolución que Foucault sugiere como respuesta a las prácticas discursivas y a las relaciones de poder pertenece primero a una etapa de la obra del filósofo y, segundo, lo que, en nuestra opinión, se analiza no es la disolución de la identidad in toto, sino la de un sujeto fuerte, varón, heterosexual y de raza blanca. La dispersión en el vacío o el acercamiento a los márgenes representa la respuesta a un discurso totalizador y totalizante y la propuesta (recordemos que no deja de ser una propuesta, o un punto de partida, y nunca una teoría que hay que seguir al pie de la letra) de una apertura, y no multiplicación, del Discurso. Lo que, desde nuestro punto de vista, tiene que proporcionar dicha apertura es el reconocimiento de lo múltiple y de lo diferente y, como consecuencia, la eliminación de la concepción de lo Otro o de la falta; eliminación que se lleva a cabo en el momento en que desaparece el Discurso, en el momento en el que el Discurso que nos ha convertido en sujetos que existen dentro del marco de la otredad, en el vacío de la ausencia, se disuelve en lo múltiple y no en la multiplicidad del mismo Discurso. Las ideas foucaultianas no dejan de ser un punto de partida y no una solución al problema. Creemos que todos están de acuerdo en no querer, o no poder, disolver una identidad que jamás existió por sí misma, la de la mujer. Sin embargo sí queremos disolver una identidad femenina que no hemos querido, que no nos pertenece porque ha sido establecida por una cultura que jamás pensó en femenino, y que se limitó a pensar lo femenino desde su punto de vista: el masculino. En los dos artículos de Alcoff se pone en tela de juicio parte de dicho acercamiento al problema, subrayando, sobre todo, el peligro ínsito en la teoría del sujeto que, a lo largo de su trayectoria intelectual, desarrolla Foucault, y la incapacidad que esta teoría otorga al sujeto cuando se trata de actuar dentro del Discurso para llevar a cabo una crítica o un cambio:

Lo que yo rechazo es la totalización de la huella histórica. En su defensa de la construcción total del sujeto, los post-estructuralistas niegan la capacidad del sujeto de reflejarse en el discurso social y de desafiar sus decisiones (Alcoff 1988: 417, traducción mía).

Sin embargo, Foucault mismo dice que sin libertad no existen relaciones de poder y que nuestra libertad reside también en la posibilidad de resistirse a los diferentes focos de discurso. En su segundo ensayo, «Feminist Politics and Foucault: The Limits of a Collaboration»,⁹ Linda Alcoff parte de esa tesis para llevar a cabo una crítica muy interesante del sujeto foucaultiano y de su posibilidad de resistirse dentro del marco de dichas relaciones. Según Alcoff, Foucault nos propone un sujeto completamente sujeto al poder y a la historia: dicho individuo está tan sujeto que no parece poder mantener ningún espacio para rebelarse o actuar autónomamente. Por esta razón ataca la idea de resistencia que, según ella, no está suficientemente desarrollada por Foucault, en tanto al individuo no le queda espacio para resistirse porque la resistencia no tiene el sujeto como locus de origen y de actuación, sino que se mueve fuera de dicha morada, en el espacio de los saberes sometidos.

El análisis foucaultiano del poder revoluciona todas las teorías anteriores y nos abre un campo de investigación, no sólo interesante, sino, en nuestra opinión, de gran actualidad: el de la resistencia a las relaciones de poder existentes dentro de la cultura dominante como, por ejemplo, en la construcción de la identidad sexual:

Los discursos, al igual que los silencios, no están de una vez por todas sometidos al poder o levantados contra él. Hay que admitir un juego complejo e inestable donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta (Foucault 1977: 123).

En la relación mujer (sexualidad)/poder/saber, mujer y sexualidad se han convertido ya en dos términos inseparables. Sin embargo, gracias a la teoría feminista pueden llegar a ser términos interactivos. ¿Qué entendemos por términos «interactivos»? Nos referimos al hecho de que la Verdad, el poder y el saber dependen los unos de los otros, construyen un discurso que funciona como una red dentro de la cual se mueve el sujeto con su pequeño margen de libertad. En nuestra opinión, esto no ocurre en la relación entre los términos mujer (sexualidad)/poder/saber, porque la mujer, hasta hace poco tiempo, no tuvo la posibilidad de definirse según sus parámetros, sino que dependió siempre de unos parámetros que fueron decididos por otros. La teoría feminista puede proporcionar los medios teóricos para llevar a cabo el paso entre una construcción en la que la mujer es simplemente sujeto pasivo y otra en la que se convierte en sujeto activo. Según Foucault, el sujeto puede actuar desde el interior del Discurso, porque se puede mover dentro del margen de libertad que mantiene, en tanto

⁹ En *Crisis in Continental Philosophy*, Arleen Dallery y Charles Scott (eds.), Albany, State University of New York Press, 1990, pags. 69-86.

en cuanto sin libertad no pueden existir relaciones de poder. El sujeto, o mejor dicho el sujeto consciente de su sujeción, tiene entonces la libertad y la capacidad de resistirse al Discurso, actuando como foco de resistencia en cada uno de dichos discursos. El pensamiento feminista puede ser uno de esos focos de resistencia, utilizando como **punto de partida** el pensamiento foucaultiano y convirtiéndolo en una llave que abra la puerta del vacío entendido no como ausencia sino como un discurso que reconozca las diferencias sin, por eso, primar las desigualdades. Lo que sin duda Foucault rechazaría sería la utilización de sus ideas para pasar de un Discurso a un anti-Discurso y es en este sentido que citamos un fragmento que escribió en el ensayo «¿Qué es la Ilustración?»:¹⁰ «No estamos hablando de un gesto de rechazo, tenemos que ir más allá de la disyunción exterior-interior, tenemos que estar en los márgenes» (Foucault 1991: 45, traducción mía).

Como ya hemos recordado antes, Linda Alcoff, en «Feminist Politics and Foucault: The Limits to a Collaboration», pone en tela de juicio dos puntos de la teoría foucaultiana que están relacionados entre sí: el primero es la escasa utilidad de la resistencia si el sujeto no se entiende como el locus de actuación de la misma y el segundo es la definición a veces ambigua de lo que es un discurso sometido. Según Alcoff, la construcción de la subjetividad foucaultiana se basa en una idea de sujeto monolítica que no toma en consideración la multiplicidad y la diversidad ni en la construcción del sujeto ni en sus efectos.¹¹ Para poder explicar nuestro punto de vista en este asunto nos centraremos, de momento, en la idea de multiplicidad y diversidad que Foucault plantea. La visión foucaultiana de lo múltiple se relaciona con un discurso, el Discurso, que utiliza dicha técnica para multiplicar y diferenciar sus discursos con el fin de mantener la Verdad y, a través de la repetición de la identidad de lo Mismo, definir las identidades dentro del Discurso Uno. Pensemos, por ejemplo, en la técnica del comentario o en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad* y en el papel que desarrolla la multiplicación de los discursos sobre el sexo en la construcción de un sujeto sexuado: «... imagino que se acepta decir que el discurso sobre el sexo, desde hace ya tres siglos hoy, ha sido multiplicado más bien que ratificado» (Foucault 1977: 67). En este contexto, Foucault ve la multiplicidad como

¹⁰ Originariamente, este ensayo estaba escrito en francés, pero se publicó por primera vez en su traducción inglesa «What is Enlightenment?» en el texto *The Foucault Reader* editado por Paul Rabinow. Es probable que desde diciembre se pueda leer en francés en *Michel Foucault. Dits et Écrits*. Paris: Gallimard.

¹¹ El mismo Foucault explica en «The Subject and Power» el origen de su reflexión y de su crítica a la construcción del sujeto dentro del pensamiento dominante: «Finalmente, todas las luchas actuales giran alrededor de la cuestión: ¿quiénes somos nosotros? Representan el rechazo de estas abstracciones, de la violencia económica y social del estado que ignora quiénes somos individualmente, y es también un rechazo de la inquisición científica y administrativa que determina quien es uno mismo», en *Michel Foucault Beyond Structuralism and Hermeneutics*, pag. 212, traducción mía. Foucault concibió este ensayo expresamente para la segunda edición de *Michel Foucault Beyond Structuralism and Hermeneutics*. La primera parte, «Why Study Power: the Question of the Subject», Foucault la redactó directamente en inglés; la segunda, «How is Power Exercised», la escribió en francés y fue traducida al inglés por Leslie Soyler.

SILVIA CAPORALE BIZZINI

un ulterior mecanismo de formación y repetición de la identidad de lo Mismo. El árbol de lo Uno multiplica sus ramas que, sin embargo, siguen tomando la linfa vital de las mismas raíces y siguen saliendo del mismo tronco: «Esta forma de poder hace referencia a la vida de cada día que encasilla al individuo, lo ata a su identidad, le impone una ley verdadera que él [sic] tiene que reconocer y que los otros tienen que reconocer en él» (Foucault 1982: 212, traducción mía).

El sujeto, que como acabamos de ver está definido por la multiplicación de los discursos, puede, sin embargo, utilizar estos mismos discursos y llegar a convertirlos en vehículos de resistencia al pensamiento dominante. Por esta razón el estudio de la relación entre el sujeto y su actuación en el marco de las relaciones de poder foucaultianas representa un campo de investigación de gran interés para todos los que se interesen por la construcción de los sujetos marginales. En este sentido Jana Sawicki comenta:

En pocas palabras, la genealogía entendida como resistencia implica la utilización de la historia para que las voces marginadas y sumergidas que existen «un poco más abajo de la historia» se puedan oír— las voces del loco, del delincuente, del anormal, del desposeído. Sitúa muchas de las luchas discontinuas y regionales en contra del poder en el pasado y en el presente. Estas voces son orígenes de resistencia, los sujetos creativos de la historia (Sawicki 1991: 28, traducción mía).

Sin embargo, Alcoff y otras feministas, Nancy Fraser y Nancy Harstock por poner un ejemplo,¹² critican y ven muchas limitaciones en la aplicación del pensamiento foucaultiano a la teoría feminista. Una de las críticas más frecuentes pone en tela de juicio la capacidad del sujeto de convertirse en un sujeto de resistencia activo dentro de las relaciones de poder y de los múltiples discursos. En nuestra opinión, el sujeto sí puede convertirse en el centro, o en el locus, de resistencia dentro de los múltiples discursos del pensamiento de lo Mismo. ¿Cómo es posible? Es posible porque, como nos recuerda Foucault en su investigación sobre las relaciones de poder, el sujeto se puede resistir en cuanto mantiene un margen de libertad dentro del cual puede encontrar un espacio que le permite resistirse activamente: «El poder se puede ejercer exclusivamente sobre sujetos libres, y sólo porque están libres» (Foucault 1982: 221, traducción mía). Por esta razón llegamos a la conclusión de que los varios focos de discurso son sin ninguna duda un medio donde la resistencia encuentra un lugar de actuación («Consiste en tomar como punto de partida las formas de resistencia contra diferentes formas de poder») (Foucault 1982: 211, traducción mía) pero, ¿quién puede

¹² Véase el artículo de Nancy Fraser «Foucault on Modern Power: Empirical Insights and Normative Confusions», *Praxis International*, vol. 1, October 1981, pags. 272-287; véase también el de Nancy Harstock «Rethinking Modernism: Minority vs. Majority Theories», *Cultural Critique*, vol. 7, Fall 1987, pags. 187-206. Los dos artículos están citados también en el libro de Sawicki, véanse las notas 4 y 5, pags. 122-123. Otras críticas de gran interés están presentes también en Tania Modleski, *Feminism Without Women: Culture and Criticism in a "Postfeminist" Age*. London: Routledge. 1991.

ponerla en práctica, es decir convertir dicha resistencia en operativa,¹³ sino el sujeto? Claro está que para resistirse no sólo se necesita de un lugar de actuación sino también de un agente:

Por otro lado una relación de poder se puede articular exclusivamente sobre la base de dos elementos, ambos indispensables si se trata realmente de una relación de poder: que «el otro» (la persona sobre la que se ejerce el poder) se identifique completamente y se siga considerando hasta el final como una persona con libertad de actuar; y que, de cara a una relación de poder, pueda surgir todo un campo de reacciones, respuestas, resultados y posibles invenciones (Foucault 1982: 220, traducción mía).

Según Foucault los saberes sometidos representan el locus privilegiado de la crítica¹⁴ y de la resistencia, resistencia que como ya hemos sugerido anteriormente se convierte en un proceso activo gracias al sujeto parcialmente libre. La resistencia no está fuera del poder, de hecho no podría existir sin el poder («... que donde hay poder hay resistencia, y no obstante [...] ésta nunca está en posición de exterioridad respecto al poder») (Foucault 1977: 116), pero, sobre todo, su presencia no se concentra en un único punto sino que se encuentra diseminada en las relaciones de poder, siguiendo el mismo sistema de difusión reticular que el poder mismo adopta: «Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red del poder. Respecto del poder no existe, pues, un lugar del gran Rechazo —alma de la revuelta, foco de todas las rebeliones, ley pura del revolucionario» (Foucault 1977: 116).

La resistencia representa el elemento, quizás el único, que se enfrenta al poder en su mismo terreno, porque es un terreno que pertenece a ambos. Su distribución a lo largo de la red del poder es irregular, es decir que no se encuentra siempre en los mismos lugares, así como el poder no pertenece siempre a los mismos y se mueve transversalmente. El resultado de este tipo de movilidad es que grupos que se han definido en algún momento histórico como grupos que actuaban dentro de un discurso de resistencia han llegado a tener, dentro de las relaciones de poder, una posición de privilegio y a imponer un discurso que se convierte en el dominante. De esta manera los sujetos antaño resistentes se convierten en los creadores de la Verdad; su sitio será

¹³ Un ejemplo práctico es el del intelectual específico. Punto de resistencia dentro de los diferentes discursos, el clínico, el literario o el sindical entre muchos otros. El intelectual específico actúa dentro de un discurso, manteniendo, en nuestra opinión, un proyecto común de apertura del discurso dominante.

¹⁴ «Creo que este carácter esencialmente local de la crítica indica, en realidad, algo que sería una especie de producción teórica autónoma, no centralizada, que no necesita, para afirmar su propia validez, del beneplácido de normas comunes [...] *la insurrección de los saberes sometidos*. Y por saberes sometidos entiendo [...] los contenidos históricos que han estado sepultados, enmascarados en el interior de coherencias funcionales o en sistematizaciones formales», Michel Foucault, «Curso del 7 de Enero de 1976», en *La microfísica del poder*, pag. 128.

ocupado por otros que desarrollarán otros focos de resistencia en otros lugares diferentes:

Las resistencias también, pues, están distribuidas de manera irregular: los puntos, los nudos, los focos de resistencia se hallan diseminados con más o menos densidad en el tiempo y en el espacio, llevando a lo alto a veces grupos o individuos de manera definitiva, encendiendo algunos puntos del cuerpo, ciertos momentos de la vida, determinados tipos de comportamientos (Foucault 1977: 117).

De aquí la necesidad de analizar históricamente la construcción de la individualidad, de la sexualidad o del sujeto sexuado («Hay que pensar el dispositivo de sexualidad a partir de las técnicas de poder que le son contemporáneas») (Foucault 1977: 182), en tanto en cuanto cada época y cada periodo histórico han utilizado unas técnicas determinadas por unas características propias. En otras palabras, estas técnicas han resultado ser diferentes porque pertenecen a diferentes grupos de individuos que se han movido en la red de las relaciones de poder desde perspectivas históricas diversas. Por esta razón nos parece adecuado citar una frase que encontramos en la primera página de la versión en lengua inglesa de la introducción al segundo volumen de la *Historia de la sexualidad*: «Mi objetivo era el de analizar históricamente la sexualidad como una forma única de la experiencia» (Foucault 1991: 333, traducción mía). En dicho prefacio Foucault resume todo su trabajo anterior interpretándolo desde la perspectiva del sujeto y, al mismo tiempo, subraya unos conceptos que han sido de gran importancia en el desarrollo de su pensamiento. El que más nos interesa es, desde luego, la relación entre el proceso histórico y el individuo sexuado. Foucault explica que su intención no era escribir una historia del comportamiento sexual sino relacionar el saber con el individuo que se reconoce como producto de las normas que regulan dicho saber:

Finalmente, según este análisis del poder y de la resistencia, la libertad yace en nuestra capacidad de descubrir las relaciones históricas entre ciertos modos de auto entendimiento y modos de dominación, y de resistirnos a las maneras en las que hemos sido siempre clasificados e identificados por los discursos dominantes (Sawiki 1991: 43, traducción mía).

El estudio de la historia del pensamiento occidental se convierte en la base del acercamiento a un sujeto que ha aprendido las normas y las aplica cada vez que se relaciona con otros sujetos o cada vez que se relaciona con sigomismo («... es lo que establece la relación consigo mismo y con los otros, y constituye al ser humano como sujeto ético») (Foucault 1991: 334, traducción mía). Según Foucault no hay ninguna experiencia que no se pueda estudiar desde el punto de vista de la historia del pensamiento. Esto, sin embargo, no niega la existencia de formas (o verdades) universales sino que demuestra, por el contrario, que las que se consideran como tales

FOUCAULT Y EL FEMINISMO: ¿UN ENCUENTRO IMPOSIBLE?

resultan ser, también, el resultado de un determinado proceso histórico.¹⁵ Dicho proceso histórico no se desarrolla de manera aislada e independiente. Al revés, existe e interactúa de forma muy compleja con todos los otros elementos (políticos, económicos o sociales) presentes en las transformaciones históricas que determinan el pensamiento: «Esto es lo que se podría definir como el principio de la singularidad de la historia del pensamiento: hay acontecimientos del pensamiento» (Foucault 1991: 335, traducción mía).

El trabajo de crítica que empieza Foucault en esta nueva etapa de su desarrollo intelectual y la apertura hacia un pensamiento determinado por las condiciones históricas ejerce sobre el concepto de subjetividad una función catártica y liberadora. La perspectiva histórica que se aplica al estudio del pensamiento pone de manifiesto que no existen formas universales y atemporales de subjetividad. La fisura que se abre en la idea de una epistemología occidental monolítica y siempre igual a sí misma deja espacio a la desaparición de una visión de la cultura que se arraiga en el convencimiento de que sólo una red de sistemas cerrados puede garantizar su supervivencia. En este sentido creemos que el análisis histórico foucaultiano junto con su crítica del sujeto humanista nos abre las puertas hacia la posibilidad de tomar en consideración el nacimiento de formas de subjetividad diferentes de la individualidad normativa de la ontología cartesiana. Por todas estas razones, creemos que la labor intelectual foucaultiana resulta útil en el marco de la política del pensamiento feminista y que el encuentro entre el feminismo y Foucault, al fin y al cabo, no es imposible.

Textos Citados:

Alcoff, Linda (1988): «Cultural Feminism Versus Post-Structuralism: the Identity Crisis in Feminist Theory». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 13 (3). Pags.: 405-436.

—————, (1990): «Feminism and Foucault: the Limits to a Collaboration». En Arleen Dallery y Charles Scott, eds., *Crisis in Continental Philosophy*. New York: State University of New York Press. Pags.: 69-86.

De Lauretis, Teresa (1989): «The Technology of Gender». En *Technologies of Gender*. London: MacMillan.

Foucault, Michel (1977): *La historia de la sexualidad*. Vol. 1. La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI.

—————, (1978): «Curso del 7 de enero de 1976». En *La microfísica del poder*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.

¹⁵ Véase, por ejemplo, el análisis que Foucault hace del Humanismo en el ensayo breve «What is Enlightenment?».

SILVIA CAPORALE BIZZINI

—————, (1982): «The Subject and Power». En Hubert Dreyfuss y Paul Rabinow, eds., *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago: Chicago University Press. Pags.:

—————, (1986): *Historia de la sexualidad*. Vol. 2. El uso de los placeres. Madrid: Siglo XXI.

—————, (1991): «What is Enlightenment?». En Paul Rabinow, ed., *The Foucault Reader: an Introduction to Foucault's Thought*. London: Penguin Books. Pags.

—————, (1991): «Preface to the History of Sexuality, Volume II». En Paul Rabinow, ed., *The Foucault Reader: an Introduction to Foucault's Thought*. London: Penguin Books. Pags.

Martin, Bidy (1982): «Feminism, Criticism and Foucault». *New German Critique* (27). Pags.: 3-30.

Sawiki, Jana (1991): *Disciplining Foucault: Feminism, Power and the Body*. London: Routledge.